

subió las escaleras y escribió á María diciéndole que el coche-salón estaba tomado hasta París y que él tendría el honor de ir á despedirle en la estación de Santa Apolonia. Después, al poner la dirección quedó con la pluma en el aire. Debía escribir “señora Mac-Gren,” ó “Doña María Eduarda de Maia.” Villaga creía preferible el antiguo nombre, porque legalmente aun no era Maia.

— ¡Acabóse! Va sin nombre. Pensará que fué olvidado.

Llevó la carta á Melanie, la cual entristeciendo la voz, preguntó de parte de la señora, dónde estaba enterrado el abuelo del señorito...

Ega quedó mirándola sin saber si aquella curiosidad de María era indiscreta ó conmovedora. Por fin le dió la dirección pedida.

— *Merci, monsieur, bien le bonsoir.*

— *Bonsoir, Melanie.*

Al día siguiente en la estación de Santa Apolonia, Ega acababa de despachar su equipaje para el Duro, cuando vió á María Eduarda que entraba llevando á Rosa de la mano. Venía envuelta en una gran pelliza obscura, con un velo doble, espeso como una máscara; igual gasa de luto tapaba la carita de la niña. Miss Sarah, con un ulster claro de cuadros, llevaba un paquete de libros. Seguían por fin Domingo y Melanie que llevaba á *Niniche* en brazos. Ega corrió hacia María Eduarda y la llevó del brazo en silencio al coche-salón. Junto al estribo, ella se quitó despacio el guante y sin hablar le tendió la mano.

— Aun nos veremos en el Entroncamento— murmuró Ega.— Yo también voy para el Norte.

Algunos hombres se detuvieron con curiosidad al ver que se sumía en aquel coche de lujo, tapada misteriosamente, una señora que parecía tan bella,

de expresión tan triste y cubierta de luto. Y apenas Ega cerró la portezuela, cuando Neves, el de *La Tarde*, se separó de un grupo y fué hacia él apresuradamente:

— ¿Quién es?

Ega le llevó por el andén y le dijo al oído, trágicamente:

— ¡Cleopatra!

El político, furioso, quedó murmurando: “¡Qué asno!...” Ega escapó. Junto á su departamento Villaga esperaba, aun deslumbrado por aquella figura de María Eduarda, tan melancólica y noble que parecía una reina de novela.

— Crea usted, amigo, que me ha hecho impresión. ¡Caramba! ¡Hermosa mujer! Nos da un buen golpe, ¡pero es soberbia!

El tren partió. Neves, aun furioso, viendo á Ega en la portezuela, le hizo con la mano disimuladamente un gesto obscuro. En Entroncamento Ega llamó á los cristales del coche-salón, que se conservaba cerrado y mudo. María abrió. Rosa dormía.

— ¿Quiere usted tomar algo, señora?

— No, gracias.

Quedaron callados, mientras Ega, con un pie en el estribo, sacaba la petaca. Un mozo arrastraba una carretilla de equipajes. Hacia adelante, la máquina brillaba en la sombra y dos hombres rondaban ya junto al coche-salón, con miradas curiosas y lánguidas dirigidas á aquella mujer hermosa, tan grave y sombría, envuelta en su pelliza negra.

— ¿Va usted á Oporto?

— Voy á Santa Olavia.

— ¡Ah!

Ega balbuceó, temblándole los labios:

— ¡Adiós!

Ella le estrechó la mano con mucha fuerza, en si-

lencio, sofocada. Ega atravesó despacio por entre unos soldados que corrían á beber en la cantina. En la puerta del buffet, volvióse todavía y se quitó el sombrero. Ella, de pie, movió levemente el brazo en un lento adiós. Y así fué como por última vez en su vida vió á María Eduarda, alta, muda, destacándose negra sobre la claridad, á la puerta de aquel vagón, que para siempre la llevaba.

XVII

Semanas después, á primeros de año, la *Gaceta Ilustrada* publicaba este suelto:

“El distinguido y brillante sportman don Carlos de Maia y nuestro amigo y colaborador don Juan de Ega, han salido hoy para Londres, de donde seguirán para la América del Norte y el Japón. Numerosos amigos fueron á bordo del *Tamar* á despedir á los dos simpáticos viajeros. Vimos, entre otros, al señor ministro de Finlandia y su secretario, el marqués de Souzaelle, conde de Gouvarinho, vizconde de Darque, Guillermo Craft, Telles de Gama, Taveira, Villaça, general Sequeira, el glorioso poeta Alencar, etc., etc. Nuestro amigo y colaborador Juan de Ega, nos ha prometido enviarnos en algunas cartas sus impresiones del Japón, de donde nos vienen el sol y la moda! Es una buena noticia para cuantos son amigos de la observación y del donaire. *Au revoir!*”

Después de aquellas líneas afectuosas, en las que Alencar colaborara, las primeras noticias de los